

DOS AYACUCHOS BIEN DISTINTOS

Por Angel Rama

No es la primera vez que se conmemora estruendosamente el triunfo de Ayacucho. Una fecha tan redonda y por lo tanto tan propicia a los homenajes como los 150 años, fueron antes los primeros 100 años, el 9 de diciembre de 1924, en que se reunieron en la ciudad de Lima gobernantes, diplomáticos e intelectuales.

Entre estos se encontraba quien era entonces el primer poeta de la Argentina, Leopoldo Lugones, de quien en este año hemos celebra-

do el centenario de su nacimiento (1874), quien llevaba la representación de la intelectualidad de su patria, del mismo modo que José Santos Chocano representaba a los escritores peruanos y Guillermo Valencia a los colombianos, para citar a las figuras mayores de esa reunión.

El discurso que en esa ocasión pronunció Leopoldo Lugones y que originó una tormenta entre el pensamiento liberal y democrático de su país como en el de otros países

sudamericanos, se conoce más que con su escueto título ("El discurso de Ayacucho") por una frase del texto que produjo hondo estremecimiento: "La hora de la espada". Recordando que el triunfo de Ayacucho fue un triunfo de las armas (y olvidando que esas armas estaban movidas por un pensamiento democrático y revolucionario) Lugones reclamó el fin de los regímenes democráticos, la desaparición de las elecciones contra las que ya había combatido por entenderlas precursoras o preparadoras del socialismo, la eliminación de las leyes y los códigos republicanos y la instauración de regímenes fuertes, militares, donde los jefes encarnan el poder, la autoridad y la ley fuera su voluntad:

"Yo quiero arriesgar algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada bien que audaz ideología: Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada. Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural hacia la demagogia o el socialismo. Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China de los mandarines.

"Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir, al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin ley, porque esta, como expresión de potencia, confundese con su voluntad".

Nunca se había oído en América Latina y menos en boca de un gran artista, este lenguaje que después habrían de frecuentar los líderes del nazismo y del fascismo europeo. En el año de 1923, en cuatro conferencias pronunciadas en un teatro de Buenos Aires, Leopoldo Lugones había proclamado su nueva posición e incluso había recordado sarcásticamente a sus auditores que 25 años antes el era socialista. Pero no había hecho un llamado a los militares, como el que pronunció en un foro internacional como Ayacucho, ni descrito con tanta brutalidad una posición caudillista y hasta fascista.

Curiosamente, no se engañaba acerca del futuro inmediato, como lo supo en su propio país a partir del 6 de setiembre de 1930 en que se produjo el golpe militar de Uriburu. En ese año, que registra el contragolpe de la crisis universal y del crac norteamericano de 1929, los militares asumen el poder en países como Argentina o Brasil, sumándose a los demás militares (Juan Vicente Gómez) ya encumbrados. Esos militares harían la política que Lugones reclamaba.

Cincuenta años después se celebra un Ayacucho que hubiera desconcertado a Lugones. No faltan en él militares, como Lugones reclamaba, pero algunos de ellos no habrían tolerado un discurso como el del poeta argentino y éste mismo no hubiera estado dispuesto a concurrir y saludar al presidente y al primer ministro del país anfitrión porque para su sorpresa habría dicho que se había producido una subversión mas en el mundo, y que los militares, a quienes correspondía la hora histórica de América según su parecer, se mostraban dispuestos a aplicar las políticas que mas aborrecía el poeta desde su incorporación beligerante a las filas conservadoras. Es probable que Leopoldo Lugones hubiera corregido entonces su mensaje y en vez de proclamar que era llegada de la "hora de la espada" hubiera dicho mas simplemente, mas claramente, que era llegada la "hora del fascismo", porque eso era lo que él, y quienes después le han seguido, no han cesado de reclamar, por odio al espíritu libre de la democracia.

CINEMATECA NACIONAL
MUSEO DE BELLAS ARTES
Plaza Morelos - Los Caobos
INCIBA
HOY
7 y 9 p.m. Bs. 4,00 y 2,00
"LA QUIMERA DEL ORO"
de Charles Chaplin, (1923).
"Considerada entre las diez mejores películas de todos los tiempos".